

Distrito de La Punta (historia)

La Punta es una península de apenas 0,75km²de superficie, pero fundamental para la geografía e hidrografía chalaca. Al ubicarse en su extremo occidental –y apenas a unos metros sobre el nivel del mar–, establece el límite entre la bahía del [Callao](#) y la de Miraflores, influyendo directamente en las generosas características de su rada. Al igual que el resto de la costa peruana, empieza a adquirir su perfil actual hace unos 5 millones de años (Pliopleistoceno), y un millón de años atrás, la erosión de las corrientes marinas y la acumulación de materiales sedimentados formaron "la punta de la tierra firme", como la denomina Bernabé Cobo en su *Historia de la fundación de Lima* (1639).

Durante el prehispánico, La Punta estuvo bajo la influencia del curacazgo de Maranga, aunque las actividades en la saliente chalaca fueron marginales. Hasta ella llegaba apenas una parte del asiento de pescadores indígenas llamado pitipiti. "Fueron los miembros de esta comunidad marinera –de la cual no se tiene registro– quienes se encargaron de faenar en un mar generoso aunque plagado de peligros. (...) Los 'indios' iban al alba a pescar por islas y farallones, y al atardecer regresaban con sus barcas cargadas de corvinas, pejerreyes, anchovetas e, incluso, conchas marinas" (Mc Evoy, 2016). Dada su distante ubicación, y la ausencia de fuentes de agua dulce, esta población tuvo una existencia marginal tanto en el tiempo prehispánico como en el virreinal.

Hasta a inicios del siglo XVII, los únicos inmuebles en La Punta consistían en algunos ranchos y chozas indígenas en los límites actuales del distrito, pues el asentamiento principal del caserío de pescadores quedaba en el estrecho que la antecede, [Chucuito](#). Hasta que "el virrey Guadalcázar [Diego Fernández de Córdoba, 1620-1629] estableció ahí una fortificación que denominaron San Felipe de los Pozuelos o de Guadalcázar" (Quiroz, 1990).

Cuando hacia la década de 1620 el puerto se convierte en una ciudadela amurallada y fortificada, La Punta quedó fuera del perímetro protegido por el llamado presidio. "Al parecer, este rompimiento dio origen al nombre del pueblo de indios: 'pitipiti', pues la voz significa algo 'separado' o 'roto'; es decir, una parte que queda aislada del resto. (...) Al nombre oficial con que el nuevo pueblo fue bautizado, San Miguel de Mancera de Pitipiti, se le agregó una especificación acerca de su edad: el Viejo", que sirvió para diferenciarlo de la reducción de indios más cercana al puerto (Quiroz, 2007).

Como se observa, las actividades económicas se restringían a la pesca, lo que demuestra el limitado interés de las autoridades virreinales por La Punta. Las menciones a la saliente, tanto las textuales como las cartográficas, son puntuales. Tienen la finalidad de describir su impacto en las bondadosas condiciones naturales de la bahía donde crecía el puerto mayor de América del Sur. Por este motivo, suele ser delineada conjuntamente con las islas chalacas, en particular [San Lorenzo](#) y el [Frontón](#), con las que mantiene una continuidad geológica. Con ese objetivo la describen los religiosos Buenaventura de Salinas y Córdoba (1630, la mención más antigua que hemos registrado) y Bernabé Cobo, al igual que los viajeros franceses Louis Freuillé (1709) y Amadeo Frezier (quien en un mapa publicado en su libro *Viaje de exploración a la América del Sur*, de 1716, la denomina "Pointe du Callao"), además de los hermanos Juan y Antonio de Ulloa (1743/44), entre otros.

La Punta no tenía población hispana fija, aunque sí contaba con dos lagunillas. "La principal era la denomina laguna de las Lisas, que hasta bien entrado el siglo XX todavía existía en el lugar que aproximadamente hoy ocupa la Arenilla (...). Era una laguna de afloración de agua salada, de pequeñas dimensiones y que durante siglos sirvió para el engorde de lisas sacadas del mar. Posteriormente, y hasta fines del siglo XIX, se convirtió

en la alberca natural más concurrida de los alrededores de Lima y Callao" (Quiroz, 1990), como constata la descripción de inicios del siglo XIX de José Ignacio de Lecuanda.

Es el lugar más delicioso y cómodo para este fin, pues ofreciendo un piso blanco de blanda menuda arena se gradúa el fondo que se quiere llegando lo más a un estado [la altura promedio de un hombre adulto]. De suerte que dentro de los mismos carruages se pueden los bañistas desnudar y baxar por el estrivo al agua. El ámbito tendrá de circuito de 280 a 300 varas [234 a 250 metros]; las olas grandes quiebran o rescinden en una ceja de lastre que está a la margen de la mar, y los derrames entran jugueteando y renovando el fluido a cada instante.

El saldo del maremoto del 28 de octubre de 1748 incluyó la desaparición de la población indígena del pueblo de San Miguel de Mancera. La Punta se volvió tierra baldía.

La construcción del Real Felipe tras la catástrofe tuvo dos objetivos principales: acabar de una vez con las invasiones de piratas y corsarios; y segundo pero no menos importante, convertir al Callao en una plaza militar sin población fija, siendo reemplazado por [Bellavista](#). El primer fin se cumplió con creces, pues el "puerto de Lima" no volvió a ser atacado hasta las guerras de Independencia; el segundo estuvo muy lejos de concretarse, motivo por el que presumimos que las lagunillas mantuvieron algún nivel de actividad, inclusive durante las acciones bélicas emancipadoras en el Callao, que se prolongaron por diez años y destruyeron el puerto, la ciudad chalaca y Bellavista.

Por eso, en la práctica, tras la Capitulación del Callao en enero de 1826, el Callao tuvo que refundarse. La creación de la provincia litoral del Callao el 20 de agosto de 1836, proceso con el que la región inicia su autonomía política, llevó a que el caserío de pescadores de La Punta, junto con Bellavista, sean reconocidos como parte de la jurisdicción del Primer Puerto. El caso de Bellavista es comprensible, pues respondía a un considerable crecimiento posterior al tsunami; el de La Punta, por el contrario, debió obedecer a una proyección gubernamental como espacio de baños públicos, que se concretó en el siglo XX. Lo mencionamos porque hasta la década de 1850 el caserío carecía de edificaciones, según el plano topográfico elaborado por Mariano Felipe Paz Soldán. Pero ya "para los años sesenta García y García mencionaba varios hoteles, al igual que el ferrocarril de 'sangre' (tirado por bestias) que unía el lugar con el Callao, lo que se confirma en planos posteriores" (Íbid). El rápido cambio lo advierte el propio Paz Soldán, quien en el *Diccionario Geográfico Estadístico del Perú* de 1877 precisa que La Punta "a la orilla del mar tiene excelentes casas y hoteles, que prestan comodidad".

"Un momento que marca un antes y un después en el desarrollo del Callao, Bellavista y La Punta es la inauguración del ferrocarril que conectó al puerto con la ciudad capital (...). Con nueve millas de longitud [14,5 km], el ferrocarril condujo, entre 1851 y 1860, a cientos de miles de pasajeros. La flamante conectividad permitió que La Punta reapareciera en los relatos de viajeros. Dentro de este contexto, el decreto supremo del 21 de julio de 1863, expedido por la Secretaría de Gobierno, confirmó la donación de rieles usados a la Beneficencia Pública, los que debían servir para la construcción de una vía entre el Callao y La Punta" (Mc Evoy, 2016).

Uno de los viajeros a los que se refiere la historiadora punteña Carmen Mc Evoy es el inglés Thomas J. Hutchinson, quien describe a "la punta del Callao" como una "playa de piedra menuda" que sirve de estación de veraneo, puesto que contaba cuatro cómodos hoteles, siendo el mayor "el Gran Hotel del señor Rivero".

Ya en la década de 1880, Ernst W. Middendorf destaca a los baños de La Punta como los mejores:

Muchos limeños prefieren al Callao para tomar sus baños de mar durante el verano. En Chorrillos, la playa es fangosa y el agua, agitada por los bañistas, se vuelve pronto turbia y sucia. Ancón está demasiado lejos y en Magdalena, las fuertes rompientes del mar hacen poco agradable el baño, y a veces hasta imposible. En verdad, los baños en el Callao tienen también sus desventajas. El agua, en promedio, es dos grados más fría que mar afuera, pues la fría corriente del sur que se desplaza a lo largo de la costa, penetra en la bahía por la abertura del Boquerón, entre la isla del Frontón y La Punta. Además, el agua no se contamina únicamente por los desagües de la ciudad, sino a veces debido a causas diferentes. Grandes extensiones del agua de la bahía tienen a veces un desagradable olor a podrido y un aspecto turbio lechoso. (...) Sin embargo, el agua de La Punta está libre de estas impurezas, por lo que sus playas son más concurridas. (...) Se encuentran dos hoteles y una pequeña colonia de casas particulares, donde muchas familias acomodadas de Lima van a pasar todo el verano, pues allí, gracias a la brisa fresca, nunca es insoportable el calor. La Punta está unida a la ciudad por un ferrocarril, que parte de un paradero de la línea inglesa y llega a su meta al cabo de diez minutos.

"Los hoteles mencionados eran el Bristol y el Gran Hotel, a los que luego se agregó el Península. Famosos también fueron los baños de Demetrio Econome" (Quiroz, 2007).

Según el censo de 1876, La Punta contaba con 80 pobladores, considerados como parte de la población rural chalaca, lo que llama la atención porque ya existían edificaciones y caminos. Es cierto, sin embargo, que el Combate del Dos de Mayo y la invasión chilena frenaron el posicionamiento de La Punta como balneario. Para enfrentar a la flota hispana, en sus linderos se instalaron la Torre de la Merced, al ingreso del actual distrito; la batería Abtao, a la altura del malecón Figueredo y el jirón More; la batería Chacabuco se encontraba entre las dos mencionadas, también en Cantolao; en el flanco opuesto se ubicaba la batería Zepita, en el actual Malecón Wiese y Jirón Tnte. Palacios. Para la Guerra del Pacífico (1879-1883), se adicionaron a la batería Abtao y La Merced, que databan de 1866 y estaban casi destruidas, dos cañones Delgran y dos baterías más con nueve cañones. Así, por unos años, La Punta pasó de espacio de ocio a flanco de defensa.

Durante la reconstrucción nacional, "La Punta fue integrada a la geografía del entretenimiento (...). El mejoramiento de las vías de comunicación ubicó a La Punta como un destino turístico de moda. En efecto, el 13 de febrero de 1894, el Gobierno autorizó a la empresa del Ferrocarril Inglés para extender su servicio al caserío de La Punta, donde el 26 de julio de 1895 llegó el primer tren" (Mc Evoy, 2016). La ampliación del servicio ferroviario en la postguerra facilitó la movilidad, lo que permitió a, entre otros, los ingenieros y empleados del muelle y dársena y la Compañía Inglesa de Vapores concurrir con mayor frecuencia al balneario. En los siguientes años se instaló, además, un tren eléctrico.

El *Directorio Anual del Perú* de Pedro Paulet publicado en 1910 evidencia la transformación urbana que atravesaba La Punta. Ya contaba con los jirones Medina, Sáenz Peña y Ucayali (actual Miguel Grau) y una cuarta calle no consignada; extraña que, en un país con predilección por rebautizar calles y avenidas, los nombres se mantengan hasta hoy. "En el Directorio se mencionó, asimismo, la ancha y frondosa plaza punteña que cobijaba a una serie de notables edificios. (...)

La importancia que va adquiriendo La Punta durante los años de la República Aristocrática (1895-1919), etapa dominada por el Partido Civil, queda reflejada en la Ley N.º 651, emitida por el Congreso de la República. En esta se formalizó la venta de los terrenos fiscales localizados en el pujante caserío que ya se perfilaba como un destino de turismo interno. Rubricada por el presidente José Pardo [y Barreda], el 16 de noviembre de 1907, la ley dictaminó el levantamiento de un plano de los terrenos comprendidos entre 'el Hotel Península y el Caserío de La Punta'. Aquellos se lotizarían considerando el

diseño de un malecón de quince metros de ancho en 'toda la extensión de la ribera norte'. El objetivo fundamental era construir un gran espacio público que, partiendo de La Punta, se enlazara con el antiguo Malecón Figueredo.

En la iniciativa mixta enunciada en dicha ley, el Poder Ejecutivo se reservó un área para 'la construcción de edificios públicos' y otorgó, además, un espacio para la actividad privada. (...) La obligación de los compradores fue construir 'casas habitaciones' en el plazo de un año prorrogable a dos. Con el dinero producto de la venta de terrenos (...) se financiaría la construcción del soñado malecón con vista al mar. La importancia del malecón marítimo, declarado obra de 'utilidad pública', salta a la vista cuando se observa que entre las prerrogativas del Ejecutivo estaba la expropiación de terrenos a particulares para su construcción" (Mc Evoy, 2016).

Hacia 1914 ya había cinco hoteles en La Punta. Los ya mencionados Península, Gran Hotel y el Edén, ambos administrados por el migrante italiano Luis Giampietri Violi; el Edén, cuyos planos fueron trazados por Gustavé Eiffel, lo construyó el propio Giampietri con sus ahorros en el principal hotel del balneario. A los tres anteriores se sumaba el Bristol, de Paulino Fuentes Castro, que era el más frecuentado por la naciente burguesía peruana, debido a su espléndida cocina; mientras el Internacional, del ciudadano francés Luis Martinot, era requerido por los extranjeros, en especial los británicos, y destacaba por haber instalado un criadero de ostras en las centenarias lagunillas marinas. A estos cinco hoteles se les sumó el Ribera Palace.

El crecimiento del caserío de pescadores a balneario hizo necesario un cambio jurisdiccional. Los requerimientos de Bellavista eran similares a los de La Punta, aunque surgían por circunstancias distintas. Por ello, el 6 de octubre de 1915 ambos fueron convertidos en distritos.

Es sabido que la República Aristocrática fomentó el cambio de categoría. No es coincidencia que el Bristol fuera propiedad de un civilista y que el hijo de Manuel Pardo, fundador del Partido Civil, tuviera una casa en La Punta en la que residía estacionalmente, localizada en el malecón que hasta hoy lleva su nombre. El homenaje del distrito al presidente es evidente, y responde a la planificación del "malecón en toda la extensión de la ribera norte" durante su primer gobierno; y en especial a que apenas unos meses después de reingresar a la Casa de Pizarro en 1915, La Punta ya tenía Municipio.

Pero también hubo un movimiento ciudadano que impulsó el cambio, el Comité por el Progreso de La Punta. Lo encabezó Ramón Valle Riestra, y lo componían Antonio Miró Quesada de la Guerra, Agustín Tovar, Alberto Secada Sotomayor, Rafael Grau – hijo del 'Caballero de los Mares', Miguel Grau– y Francisco de Alberti, quienes lograron "convencer a diputados, senadores y al Gobierno de un cambio de estatus que, bajo todo punto de vista, era fundamental para los punteños" (Íbid).

La Ley N.º 2141, que convirtió a La Punta en distrito, permitió que se le asigne "la administración e inversión en obras públicas". De esta manera, es cierto que "La Punta nació amadrinada por el Gobierno civilista de José Pardo, pero también contó con la autonomía suficiente para construir y definir su propio destino (...)" (Íbid).

Su primer alcalde fue, precisamente, Valle Riestra. A continuación, el listado de todos los burgomaestres del distrito en sus más de cien años de vida: <https://www.munilapunta.gob.pe/alcaldes.php>. El 17 de octubre se instaló el primer concejo distrital, que inició obras indispensables como las de agua potable y desagüe.

Las obras se suceden rápidamente. El palacio municipal empieza a construirse en diciembre de 1919, en la gestión de Luis N. Larco del Valle (1917-22), segundo alcalde punteño, gracias a una donación imprescindible de un legendario benefactor del distrito, el banquero Augusto N. Wiese (Web Municipalidad de La Punta). Juan Hernández, el dueño del restaurante Don Giuseppe –uno de los clásicos de la culinaria contemporánea

del distrito por su superior pan con pejerrey y de huevera— cuenta que, alrededor de los años cincuenta, Wiese tenía "en la ribera de su casa un árbol de dátiles. Los muchachos íbamos con hondas y tirábamos piedras para que caigan los dátiles grandes, pero a veces rompíamos las lunas. Y don Augusto salía y nos daba propina para que nos fuéramos al cine. Así de bueno era" (Mc Evoy, 2016)

La fundación de La Punta como distrito fue de la mano con una institución emblemática de la localidad, la [Escuela Naval](#), que empezó a construirse en 1912 en un terreno de 140.000 m² y culminó el año de fundación del distrito. "Cuentan los testigos que los carros llegaron a La Punta 'repletos de gente' que no quiso perderse una ceremonia en la que hubo de todo: desde discursos hasta barcos engalanados, pasando por el baile y música nacional. Al atardecer, los invitados regresaron a Lima en el famoso tren eléctrico" (Íbid).

Durante la gestión de Luis T. Larco Ferrari en los años veinte, el distrito fue pavimentado. (Web Municipalidad de La Punta). En su memoria de final de gestión de 1928, elogia a su distrito:

No hay seguramente, en todo el litoral peruano, un paraje cómodo, agradable, elegante y bello, como este que está al alcance de todos.

"Entre los logros de este burgomaestre se destaca la 'ola edificadora' que vivía el distrito bajo su administración (...). A partir de 1930, afirmaba que no existiría un 'terreno punteño sin edificar'" (Mc Evoy, 2016).

Esta optimista visión modernizadora responde a que La Punta se había posicionado como el lugar de ocio y entretenimiento predilecto de la capital. "En su época dorada convergieron los dueños de las viejas fortunas y las clases emergentes" que se multiplicaron durante la "Patria Nueva" (1919-1930), el *slogan* del dictador populista Augusto B. Leguía, quien encontró en el nuevo distrito un espacio ideal para conglomerar a las clases populares con la elite limeña, y así darse un baño de popularidad en la amplia gama social que se aglomeraba en la plaza y calles punteñas.

"Al revisar las páginas de la revista *Variedades*, es posible evaluar el impacto que tuvo La Punta en la imaginación (...). Fiestas, corsos, noches venecianas, caminatas por el malecón o esa hora del coctel en la terraza del Gran Hotel, muestran la consolidación de un nuevo estilo de vida de cara al mar.

El verano punteño empezaba con el baile de gala y culminaba en marzo, luego de la celebración de los carnavales. El momento climático de la temporada veraniega era el entierro de Ño Carnavalón (...). El ritual ocurrió inicialmente en la zona de la cruz (La Punta punta), para luego trasladarse al Malecón Pardo". Los hoteles no se daban abasto "para hospedar a los centenares de visitantes (...).

El miércoles de ceniza arrancaba con una oferta culinaria en la que participaban los restaurantes establecidos en La Punta, como el popular Galleti. Sin embargo, cabe recordar que la plaza de armas se convirtió en el espacio de reunión para decenas de vivanderas. Estas se acomodaban en carpas acondicionadas especialmente para la ocasión. Los platillos que se vendían eran variados y los precios asequibles al bolsillo popular. Potajes como anticuchos, butifarras, chinchulines, salchichas fritas, cau cau y chicha morada eran degustados por millares de visitantes.

En paralelo a la oferta gastronómica, muy activa durante el miércoles de ceniza, en La Punta existía una gama de diversiones de tipo popular. Los títeres, el palo encebado, las ollas mágicas, las carreras encostados y las tradicionales peleas de gallos alegraban las tardes estivales y despertaban el entusiasmo de los veraneantes.

El gran final del verano era la quema de fuegos artificiales luego del entierro del rey Momo. De esta manera, La Punta vivió el carnaval combinando la elegancia de las fiestas de fantasía (...) y un desborde popular que se asoció a un ritual que era masivo (...).

La ceremonia del entierro del Ño Carnavalón corría a cargo de la 'Negra' Chavito, una mujer humilde, probablemente chalaca. Los vecinos aportaban su óbolo para la organización de la festividad, que luego de la muerte de la Chavito estuvo a cargo de Luis Giampietri (...). El ritual (...) seguía un protocolo muy simple. El muñeco que representaba al Ño Carnavalón era exhibido hasta el atardecer. Llegado el tiempo de su quema pública, se le colocaba sobre un burro jalado por un par de vecinos. Un paseo por la plaza principal de La Punta precedía su quema en medio de la algarabía general.

Con Ño Carnavalón, quien moría al ritmo del son de los diablos, se quemaban cientos de papeles que contenían los deseos e ilusiones de los veraneantes. Acompañaban el entierro un grupo de jovencitas vestidas de negro, las viudas del rey Momo, que se lamentaban dando gritos. La jarana criolla que sucedía al ritual de corte popular se extendía hasta el amanecer. Cuentan los testigos que los carnavales casi siempre concluían con un zambullón en Cantolao.

La Punta logró combinar creativamente expresiones de la cultura popular y la elitista, aún vigente. Prueba de este *aggiornamento* entre el mundo de los de arriba y los de abajo es un volante que circuló en La Punta, en el verano de 1921. En el mismo se invitaba a los vecinos a una 'comida danzante' que tendría lugar en el 'nuevo comedor' del Gran Hotel". Los carnavales punteños no fueron moderados, todo lo contrario, se desplegaron como "una fiesta vibrante en la que convivían formas tradicionales y modernas de sociabilidad urbana" (Íbid).

Este fulgor del carnaval durante los años veinte responde a que "con la llegada del Gobierno de Augusto B. Leguía se inició una transformación del carnaval tradicional. En efecto, en los años de la Patria Nueva se impusieron los pasacalles con carros alegóricos. (...) La apuesta del temprano siglo XX, al menos entre la mesocracia emergente, fue por la diversión y el entretenimiento. Dentro de este contexto, no es exagerado afirmar que el flamante distrito de La Punta es un ejemplo contundente del amor por la vida, el lujo y los deleites que marcan los años de la *Belle Époque* peruana. (...)

En el verano de 1921, la municipalidad y los vecinos de La Punta organizaron oficialmente su propio corso, que estuvo acompañado de batallas de flores, serpentinas y confeti. Los dueños de automóviles particulares fueron convocados con la finalidad de engalanar el desfile, cuyo modelo fue replicado por otros distritos de la capital. (...)

La expansión de un incipiente turismo interno favoreció a hoteles, restaurantes e incluso a pequeñas ferias gastronómicas que acudían a La Punta". Pero surgió un competidor con la ventaja de estar más cerca de los intereses de la capital, Chorrillos, donde, "por ser una fuente de recursos materiales, pero también de realce y de exposición pública", las festividades inauguradas en La Punta empezaron a imitarse. Este rebalance de los espacios de entretenimiento limeños "coincidió con la inauguración del casino de la Herradura" y, más importante, con "la cancelación del hotel casino de La Punta, cuyo proyecto no se consolidó debido a la galopante crisis económica. Dentro de este contexto, el incendio del Hotel Edén, en el año de la Gran Depresión (1929), marca un antes y un después en la historia distrital. (...) Porque si observamos con detenimiento el proyecto del casino de La Punta, cuyo boceto apareció en *Varietades*, es posible entender los sueños de ilimitada expansión de la Patria Nueva. En efecto, antes de su dramática caída, el gobierno de Leguía le otorgó a Luis Carlos Faba Márquez la concesión para que construyera una grandiosa obra en el distrito. Un hotel casino cuyo costo era un millón de soles. La inversión para la fabulosa obra convertiría al aristocrático balneario chalaco en un 'centro de turismo' inigualable en la costa del Pacífico" (Íbid).

Los años dorados habían quedado atrás, pero esto no significó que el balneario, ni sus carnavales, declinaran en popularidad. Incluso se volvieron más extremos desde los años treinta, llegando a usar éter y pintura en los juegos y luchas entre barrios. Con altibajos en las siguientes décadas, se siguieron celebrando y en el siglo XXI atraviesan por un repunte que recuerda, no sus mejores, pero sí sus buenos momentos sesenteros, ya con cuando el distrito punteño se posicionaba como un barrio clasemediero.

Así, la revolución urbanística soñada por Larco no se concretó, pero el balneario siguió recibiendo cada vez más bañistas. Los baños públicos, conformados por el muelle y plataforma de madera con pilotes de rieles de acero, cuartos, servicios y dependencias, otorgados en los años veintes a la Compañía de Inmuebles, fueron cedidos a Antonio Giol (Web Municipalidad de La Punta).

A nivel político, La Punta sí presenció una "revolución", la de octubre de 1948 como consecuencia del levantamiento aprista en la Escuela Naval, el "centro neurálgico" de lo que fue, para ser exactos, una rebelión. "En la madrugada del 3 de octubre, se inició la insurrección, en la que un sector de la armada, junto a mandos apristas, asaltó el puerto del Callao. La idea era hacerse de una plaza militar importante y, además, capturar los barcos con los cuales se planeaba atacar la base militar de Chorrillos.

La iniciativa para la denominada 'revolución de 1948' provino de los milicianos apristas, quienes no se sintieron apoyados por la dirigencia partidaria. A pesar de que los rebeldes ejecutaron una serie de acciones muy audaces, la descoordinación, unida a la lealtad de un grupo de marinos institucionalistas, ayudó a que la Escuela Naval regresara a manos de sus autoridades. Debilitado el sector rebelde de la Armada, el movimiento fracasó. El saldo del levantamiento fueron nueve marineros fusilados, a los que debemos añadir las decenas de seguidores de Haya de la Torre que murieron intentando tomar instalaciones militares en Lima y el Callao.

(...) Así, el balneario de la fiesta permanente trocó en campo de batalla. Como La Punta era una especie de ciudad dormitorio, la mayoría de los marinos que trabajaban en la Escuela Naval vivía en el distrito, al serles difícil movilizarse hacia Lima. Por ello, fue fácil apresar a los oficiales que vivían en la zona, mientras los que pudieron escapar lo hicieron a través de los techos" (Mc Evoy, 2016).

En la década de 1950, "La Punta experimentó una nueva ola edificadora. De ello dan cuenta las casas estilo quinta o vivienda multifamiliar que, desde 1950 en adelante, se levantaron en el balneario punteño.

La transformación de La Punta, que está asociada a su integración vial con Lima, se expresa en su particular arquitectura. En ella conviven diversos estilos que se superponen sin eliminarse. El encanto del distrito chalaco reside en esta suerte de amalgama del rancho clásico, la antigua villa y el chalet y edificio clasemediero de los tiempos de la expansión. Joyas de la arquitectura como el Palacio Rospigliosi o el de la familia Aspíllaga (hoy propiedad del [Yacht Club del Perú](#)) parecen conversar con las casas barcos, construidas por el arquitecto Battifora, o los nuevos edificios inaugurados durante los años del velascato" (Íbid).

Una muestra de la sociedad de clase media chalaquizada en la que se iba convirtiendo La Punta se aprecia en el siguiente link, donde se ven los negocios que existían en el distrito en 1945: <https://bit.ly/3ziCbba>.

"La celebración de sus bodas de oro encontró a La Punta llena de planes y proyectos. El distrito, que de acuerdo con el censo de 1964 albergaba una población de 6545 habitantes, vivía de sus recursos y, además, contaba con arquitectos punteños para la construcción de su primer coliseo cerrado. La obra, que colocó al distrito chalaco entre los más avanzados del Perú, se realizó en los terrenos del antiguo Hotel Internacional, con un costo que bordeó los S/3'500.000. Entre los proyectos de la administración de

Fortunato Marotta, alcalde encargado de la celebración del cincuentenario, se encontraba el coliseo, pero también la construcción de un cinema municipal y de un conjunto habitacional en asociación con la Junta de Obras Públicas.

Un tema que debe ser destacado en esta etapa de celebración y expansión punteña es el surgimiento de la Escuela Técnica de Pesquería. Creada por una resolución suprema del 10 de febrero de 1964, la escuela, con domicilio en Elías Aguirre 353, recibió su autonomía administrativa, pedagógica y económica al año siguiente de su fundación. Esta notable iniciativa ubicó a La Punta a la vanguardia de las ciencias marítimas en el Perú" (Íbid). La instalación del [Instituto del Mar del Perú](#) en Chucuito, a unos pasos de La Punta, consolidaron esta zona del puerto como el epicentro de la investigación científica del Mar de Grau.

Otra importante obra de los años sesenta fue la conexión de la red de desagüe del distrito con el colector general del Callao, pues antes desembocaba a la altura de la calle Larco, con lo que se ganaron unos 300 metros de playa. Los locales dividen la playa de Cantolao en "cuadras". Una de ellas, la paralela de Larco, Arrieta, fue de las más beneficiadas; se volvió tan concurrida, que Carlos Alcántara, 'Cachín', recuerda en la película *¡Asu Mare!* que ahí "tiraba playa".

El gestor de la obra fue Santiago Parodi, alcalde que sucedió a Marotta tras su fallecimiento y, precisamente, fue el encargado de inaugurar el [Coliseo Fortunato Marotta](#) en su nombre. La famosa "Cancha A" fue testigo de legendarios campeonatos de fútbol entre los setentas y noventas, llegando a superar por momentos al torneo más importante del país, el del Colegio Carmelitas. También se concretó el rompeolas que protege el flanco sur del distrito, pues antes de su construcción, si había marejada las olas reventaban en las puertas de las casas. Con los años, la Arenilla se convirtió en un espacio ideal para la formación de jóvenes remeros, en especial en la Academia Hermanos Gordillo del [Universitario de Regatas](#), club del cual han salido los mejores bogas peruanos del siglo XXI, entre ellos [Álvaro Torres](#).

Dos décadas antes, la ampliación de los molones de la Escuela Naval en 1946 redujo el oleaje de Cantolao y empujó la corriente hacia el fondo, lo que le dio la calma y perfil actual a la playa más concurrida del distrito. Esto no solo favoreció que se volviera una de las más concurridas del país, sino que se convirtió en la nueva "pista natural" del [remo](#) chalaco. De esta manera, La Punta se estableció como la sede nacional de regatas.

Uno de los principales clubes de remo en los años sesenta –además del [Unión](#), ya en el comienzo de su declive como formador de remeros–era el [Società Canottieri 'Italia'](#), creado en 1904 por la colonia italiana, que optó por La Punta y Chucuito para asentarse. "El paisaje punteño, su brisa marina y la simplicidad de su gente atrajeron a muchos migrantes, quienes quedaron gratamente impresionados por una belleza apacible que recordaba a la patria chica (...) Convertida en un lugar de residencia permanente, pero también en un espacio donde aparece una memoria transnacional, La Punta acogió a una serie de familias de origen italiano: los Cogorno, Cicirello, Francescolo, Magnani, Piaggio, Noziglia, entre otros, cuyos negocios florecieron en el Callao" (Íbid).

La influencia italiana, y extranjera en general, se plasma en la arquitectura del distrito y también imprime su sello en la identidad local. Esto a pesar de que en las últimas décadas los apellidos italianos se han reducido, debido a que las nuevas generaciones han optado por mudarse a la capital, donde hay mejor oferta educativa y laboral.

Estas brechas se acentuaron durante los setenta y ochenta, décadas de una crisis generalizada que también impactó en el distrito, aunque, siendo realista, en mucho menor medida que en el resto del país. Fue en esos años cuando se forja el barrio de clase media que es hasta hoy La Punta. El contacto de la clase alta limeña con el distrito se restringió a visitas puntuales a familiares y amigos; tardes sobre el mar, en el muelle del

Universitario, degustando la cocina del entonces famoso restaurante La Rana; a faenas en sus embarcaciones en el Yatch o en la sede del [Regatas Lima](#) o visitas puntuales a amigos y familiares, pero sus playas, más cercanas al balneario popular, perdieron atractivo en una sociedad clasista como la peruana. A ello se añadió la violencia política, combinación que forzó a los punteños a desarrollarlo que podemos denominar una endogamia barrial. Al prolongarse por varias décadas, a *grosso modo* desde fines de los sesentas a mediados de los noventas, distanció a los punteños no solo de la capital, sino incluso del Callao. Además, la seguridad del distrito contrasta con la de la provincia constitucional. Estos dos factores, entre otros que sería largo enumerar, llevaron a que el punteñismo compita con el chalaquismo.

A ellos se añade uno más importante. Las migraciones internas no alteraron la demografía punteña (que se mantuvo en alrededor de 6000 hasta los noventa), y por el contrario, transformaron al Callao, que triplicó su población (de 220.000 en 1961 a 650.000 en 1993, según el INEI) y en el camino se creó [Ventanilla](#). En tres décadas, el perfil social del chalaco típico cambió, pero no el del punteño, que mantuvo contacto con las generaciones anteriores hasta formar una identidad local propia.

El prestigio de lugar seguro lo ganó La Punta poco a poco, cuando los visitantes notaban que en sus residencias los robos despuntaban mientras a los vecinos de La Punta no les quita el sueño que duerman expuestos. Hasta hoy mantiene la condición de distrito más seguro del Perú urbano. Como muestra, basta mencionar que durante la época de la violencia hubo un solo atentado en el distrito, sin víctimas, y el terrorista fue apresado de inmediato. No era infrecuente que niños y jóvenes aprovecharan los apagones para salir a jugar escondidas a oscuras en la noche. Sigue siendo así de tranquilo. La ubicación estratégica de la comisaría en la única salida del distrito, la influencia de la Escuela Naval como elemento disuasivo, además de una buena gestión de la seguridad, permiten que muchas familias solo pongan pestillo cuando ya es hora de dormir, como en las casas de playa. La suma de estos factores crearon una coyuntura que acentuó el gusto por el aislamiento voluntario de los lugareños, que es una de las principales características de la idiosincrasia punteña.

A partir de la recuperación económica en los noventa, La Punta empezó a quedar cada vez más lejos de los centros económicos, como consecuencia del creciente tráfico de la capital. Los últimos censos poblacionales muestran que la población joven de La Punta ha optado por migrar para aprovechar su años de mayor productividad y por la comodidad familiar que significa el acceso a más servicios, lo que ha reducido su población a alrededor de 4000 personas, de la cual, la tercera parte tiene más de 60 años.

Con el regreso de la democracia en 1981, La Punta eligió a su primera alcaldesa, y única hasta ahora en elecciones democráticas, Maruja Company de Roél; la antecedió Josefina Barthelmes de Espejo (1979-1980), colocada por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Su labor, al igual que la de alcaldes como Benjamín Zevallos Ortiz (1976-1979, 1990-1998) y Pío Salazar Villarán (1999-2002, 2011-2014 y 2019-2022, reemplazado por Ramón Garay cuando el querido "Alcalde-Amigo" Pío Salazar falleció de Córdid-19 durante la pandemia), resultaron fundamentales para sostener al distrito en momentos de penurias económicas. Las partidas gubernamentales para las jurisdicciones pequeñas, y sin necesidades urgentes, suelen ser reducidas en nuestro país, a lo que se sumaba que el Gobierno Regional, y sus antecesores, administró hasta el año 2003 la totalidad de la renta de aduanas portuaria. Esto llevaba a que alcaldes como Zevallos Ortiz sacaran de sus bolsillos para completar obras, o que el desarrollo del distrito dependiera de donativos como el de Clara Cogorno de Corgorno para construir un colegio parroquial que lleva su nombre, el mismo que resultó clave para compensar en algo la disparidad educativa con los distritos en lo más alto del índice de desarrollo humano (IDH) de la

capital y del país. Estas diferencias se siguen disparando, lo que influye en la reducción poblacional mencionada anteriormente.

A inicios del siglo XXI, la gestión de Wilfredo Duharte Gadea (2003-2010) consiguió hacer causa común entre un grupo de alcaldes del Callao para hacer cumplir la ley de aduanas, que establecía que el 50% de las rentas debían repartirse en partes iguales entre los distritos y el otro 50% por población y superficie. Antes de ello, el gobierno regional ejecutaba obras y repartía el presupuesto según las necesidades de la provincia, canalizándolo a las zonas más pobres, con lo que La Punta recibía obras muy puntuales tras largas gestiones, no exentas de ruegos, entre los alcaldes de turno y las autoridades regionales. La negociación de los distritos chalacos claramente beneficiaba a [La Perla](#), Bellavista, La Punta y [Carmen de la Legua](#), quienes al ser mayoría sobre Ventanilla y el Callao –[Mi Perú](#) se crea recién en el 2014–presionaron para que se cumpla la disposición legal. Al conseguirlo, estos distritos incrementaron en seis millones de soles sus presupuestos. Para La Punta significó un salto cuantitativo astronómico que permitió darle un nuevo impulso de cara al milenio.

El nuevo diseño del Malecón Pardo¹ y la construcción del mirador en el extremo del rompeolas modernizaron el distrito, lo que se completó con la renovación del Coliseo, repavimentación de sus pistas y remodelación de las veredas, la expansión de la sede municipal, la construcción del monumento a la Torre de la Merced en reemplazo del obelisco erigido en 1945 en homenaje a los caídos el Dos de Mayo, la remodelación del Malecón Figueredo, además de la construcción de glorietas en la plaza mayor y en las playas que contrastaron las estructuras contemporáneas con la estampa tradicional del barrio. El desarrollo de academias deportivas y otros servicios municipales hacen que la vida en La Punta parezca la de un club. Uno de los lemas municipales es: "La Punta, el mejor lugar para vivir".

Con el 71% del distrito bajo los 5 msnm (Autoridad Nacional del Agua–ANA), su población se acostumbró a los maretaños y a convivir con las inundaciones. Pero el rompeolas y otras obras, como los muros en el Malecón Figueredo, han hecho olvidar los años cuando todo el distrito se anegaba. En la actualidad, las raras veces que se dan inundaciones, afectan calles puntuales. Recordamos, sin embargo, que por generaciones los punteños no se asustaban si se salía el mar.

Sobre los temidos tsunamis, aunque infrecuentes en Lima y Callao cuando el epicentro no se da frente a su litoral, la Municipalidad de La Punta optó por desarrollar un sistema de evacuación vertical. El distrito ha sido zonificado y cada zona tiene un edificio designado para refugiar a las familias, debido a que, si el epicentro se diera en el Callao, la población tendría de 15 a 20 minutos para evacuar el distrito, lo es un imposible. Con puntos cercanos a las casas, la vida de los punteños no corre peligro.

En el siglo XXI también se le ganó terreno al mar para ampliar las áreas verdes y remozar algunas zonas que pasaron los años semiabandonadas. Aunque parece un distrito sin problemas, las rentas, abundantes hace un par de gobiernos, van quedando cortas si el distrito quiere mantenerse como "la perla del Callao", como muchos la llaman.

En el nuevo coliseo cerrado se vienen realizando torneos nacionales e internacionales de ping pong, vóley, básquet, entre otros deportes. Circunstancias como estas evidencian que el distrito cuenta con las condiciones suficientes para generar sus propios ingresos y no depender de las partidas presupuestales. La apuesta más lógica es

¹Este malecón, de fondo con la isla San Lorenzo, fue el escenario elegido por Los Incas Modernos para la portada del primer disco de rock publicado en el Perú en 1963. En el disco de vinilo, la banda chalaca de *surf rock* posa, trepados en un carro junto a algunas chicas con las que andaban, sobre las losetas del Malecón Pardo. Este grupo de rock pionero en nuestro país, formado íntegramente por chalacos, tocó entre 1961 y 1965.

el turismo. Para posicionarse como destino interno y externo, y así aprovechar lo cerca que se ubica el [Aeropuerto Jorge Chávez](#), La Punta necesita unir sus atractivos a los de Chucuito y el Callao, conectándose con espacios como [Callao Monumental](#) en obras amplias como un malecón integral que una a La Punta con el Callao histórico.

Otro problema del distrito es que las escasas opciones laborales y de educación obligan a su población a trasladarse decenas de kilómetros, sin contar con un servicio de transporte decente. La ampliación de las opciones tanto en el distrito como en la provincia deben apuntar a hacer del Callao un espacio autosuficiente del cual se beneficien todos sus distritos.

Bibliografía complementaria

Mc Evoy, Carmen. (2016). *La Punta: Entre la historia y la memoria*. Lima: Chaska comunicaciones.

Quiroz, Francisco. (2007). *Historia del Callao: De puerto de Lima a Provincia Constitucional*. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos.